CON MARCOS REY, AUTOR DE *PACHEQUISTAS. DERECHA POLÍTICA Y DICTADURA EN URUGUAY (1973-1985)*

«Pacheco es la punta de un iceberg»

MARIANA CONTRERAS

6 noviembre, 2026- Tiempo de lectura: 11 min

Los pachequistas no fueron espectadores ni simples aliados de los militares: disputaron el rumbo de la dictadura, diseñaron políticas, participaron en el proyecto constitucional de 1980 y trabajaron para legitimar al régimen en el exterior. En su libro, el historiador sostiene que aquel compromiso no fue táctico ni circunstancial, sino «programático y de convicción».



Marcos Rey. Magadalena Gutiérrez.

—¿Por qué elegiste a los pachequistas como objeto de estudio?

—Empecé hace diez años preguntándome por qué una derecha del Partido Colorado (PC) tan involucrada con la dictadura había crecido electoralmente de manera significativa en 1989, cuatro años después de restaurada la democracia, cuando llegó a ser casi la mitad del partido. Investigando, encontré indicios de que era un grupo significativo del partido de gobierno antes del golpe y del partido que vuelve al gobierno después de la dictadura, y que no estaba suficientemente estudiado. Entonces, reorienté mi investigación.

Me parecía relevante porque el estudio del pasado reciente, aunque se viene nutriendo desde hace dos décadas, todavía tiene vacancias. La historia de la dictadura se ha contado muy apegada a los militares y no a los civiles que colaboraron con ella; y, sobre la transición, tenemos una historia muy apegada a los sectores opositores y no a quienes apoyaron el régimen. En un país con una tradición partidaria tan fuerte, me parecía importante indagar qué lugar ocuparon esos partidos.

—Yo tenía una idea de Pacheco como alguien muy rústico, casi que no se entendía cómo había llegado a gobernar, pero el libro muestra que él y su entorno eran muy hábiles, tenían una red muy amplia y una idea muy clara del rumbo que querían seguir.

—Hay un sentido común muy instalado de que Pacheco llegó de manera sorpresiva a la presidencia por la muerte de [Óscar] Gestido, y de que tenía pocas luces. De que le gustaba la noche, era muy bohemio y anodino, como decía la embajada de Estados Unidos. Me parece que eso contribuye a quitarle responsabilidad a un dirigente que tenía mucho más cálculo electoral del que parecía.

Lo que quise hacer en el libro es mostrar que detrás suyo hay un círculo mucho más amplio de políticos, empresarios, ruralistas que movilizan intereses muy diversos. Pensar a Pacheco de forma individual nos hace perder de vista que moviliza estructuras partidarias muy aceitadas que tienen vínculos con grupos de poder muy relevantes, conexiones transnacionales con servicios de inteligencia, con la diplomacia estadounidense, con toda la alianza que le da el ruralismo y la llegada que tiene en el interior, con un montón de caudillos locales pachequistas. Pacheco es la punta de un iceberg.

Lo singular del pachequismo es que es una derecha de retórica plebeya y arraigo popular. Hay que descifrar por qué una figura que representa a los sectores empresariales con intereses tan diversos termina siendo, para sectores populares mayormente despolitizados –aunque también los hay organizados–, una figura de autoridad y protección.

—¿Quiénes son los pachequistas? Renegaban de la idea del político profesional. Entonces, ¿de dónde salen?

—Vienen de diversas trayectorias. Por un lado, están los colorados más conservadores, riveristas, gestidistas, blanco-acevedistas, que son lo que podríamos llamar, en el discurso militar, los políticos profesionales, que han tenido trayectoria de décadas en el PC, han sido ministros, legisladores, y le dan a Pacheco una base de experiencia política y de conducción estatal significativa. Varios de esos referentes, entre ellos Federico García Capurro, vienen desde la dictadura de [Gabriel] Terra.

Otro grupo es de empresarios, porque Pacheco, a partir del 68, tiene una política proempresarial y antisindical y se va rodeando de un gabinete empresarial, y algunos de estos empresarios sin trayectoria política van nutriendo al pachequismo de ideas y de cuadros. Y después hay empresarios que no solo integran el gabinete, sino que tienen vínculos con los medios de comunicación, por ejemplo, *La Mañana*, *El Diario*, que vienen de la tradición riverista, pero que son referentes del empresariado comunicacional, o tienen vínculos con la banca o con el capital transnacional, o son gerentes de empresas transnacionales.

Entonces, el pachequismo tiene una cúpula empresarial y política que desborda la estructura de un sector partidario. Durante la dictadura cambian sus cuadros: el círculo íntimo de Pacheco se mantiene –[Ulysses] Pereira Reverbel, Carlos Pirán y Danilo Sena– y se suman empresarios sin trayectoria partidaria, como [Oscar] Magurno y [José Pedro] Damiani. También hay vínculos con el fútbol profesional y con Peñarol y Nacional, aunque no llegué a explorarlos por falta de fuentes.

—Durante la dictadura hubo consejeros de Estado pachequistas, intendentes, embajadores, ministros, subsecretarios. ¿Podemos decir que el pachequismo hizo un aporte muy relevante de civiles al gobierno dictatorial?

—Totalmente. El libro reúne evidencias dispersas, incorpora nuevas fuentes y propone una interpretación. Hasta ahora, el pachequismo se había contado, sobre todo, desde las memorias del PC –[Julio María] Sanguinetti, [Luis] Hierro y [Enrique] Tarigo–, que presentaban el apoyo de Pacheco al golpe de Estado y al plebiscito de 1980 como táctico y circunstancial, para acelerar la salida.

Viendo quiénes rodean a Pacheco y qué hicieron durante la dictadura, se ve que ese compromiso no era ni circunstancial ni solo táctico, sino programático y de convicción. Muchos de los proyectos que Pacheco y su círculo habían intentado llevar adelante en su gobierno tienen una oportunidad en la dictadura.

La categoría *colaboracionismo civil* permite dar cuenta de algunas actitudes de apoyo, pero muy insuficiente, porque da la pauta de que hay políticos que acompañan lo que otros deciden. El pachequismo no tiene un lugar marginal ni secundario, sino que activamente disputa las orientaciones del régimen, contribuye a diseñar políticas de gobierno, participa en el proyecto constitucional del año 80.

Los civiles y los militares tampoco eran bloques homogéneos: los militares estaban divididos en facciones y los pachequistas a veces podían enfrentarse entre sí según sus vínculos militares. Aunque sus posiciones cambiaron, volvieron a ser un grupo bastante compacto a partir de 1981.

—¿Cuál fue el sustento ideológico que le dio el pachequismo a la dictadura?

—La matriz ideológica del pachequismo es el liberalismo conservador. ¿Qué significa esto? Que tienen una retórica de apoyo a la separación de poderes, al régimen republicano y representativo, pero discrepan con el tipo de democracia que había establecido la Constitución de 1967, que les parecía demasiado débil para enfrentar la amenaza subversiva. Su propuesta liberal conservadora es que quieren mantener una democracia y una república representativa, pero absolutamente restringida. Y eso implica proscribir políticos, marginar a los sindicatos, disciplinarlos y limitar el derecho de huelga, la posibilidad de controlar la prensa, de fortalecer el Poder Ejecutivo y disminuir el Legislativo. Valdría la pena pensar qué tipo de democracia podría ser esa, porque hasta en una formulación mínima queda corta.

El pachequismo apoya el golpe de Estado sosteniendo que es una medida transitoria, inevitable para defender al país del comunismo, pero, cuando se proponen volver a la democracia, plantean una democracia absolutamente restrictiva, con la tutela de los militares. Su concepción ideológica de la democracia es propia de una matriz que podemos rastrear durante todo el siglo XIX y XX, que es profundamente autoritaria en algunos de sus componentes.

A su vez, como es una derecha bastante pragmática, no tiene problemas, en ciertas coyunturas, en hacer alianzas con grupos de las derechas nacionalistas, que son antiliberales. Durante el gobierno de Pacheco, lo que llamamos el escuadrón de la muerte –estos grupos paraestatales, parapoliciales, paramilitares– tienen la complicidad, y a veces el incentivo, de jerarcas de gobierno de Pacheco y del propio Pacheco. Demuestran que el pachequismo, si bien es liberal conservador en su concepción ideológica, no tiene problemas en hacer alianzas, a veces clandestinas e ilegales, con sectores de extrema derecha.

Prevení PreAsociate 1920-1234 PreAsociate.com ASOCIACIÓN ESPAÑOLA

—Atendiendo a los lugares importantes que ocupó en el servicio exterior, ¿podemos decir también que el pachequismo sirvió a la dictadura legitimándola fuera del país?

—Claro, eso abona la idea de que el apoyo de Pacheco y los pachequistas a la dictadura no es circunstancial, sino sustantivo y constitutivo. Fueron varios los embajadores pachequistas, el propio Pacheco se mantiene como embajador después del golpe de Estado, primero en la España franquista, después en la Suiza donde se discutían las denuncias a las violaciones a los derechos humanos, porque ahí están las sedes de los organismos internacionales, como la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, y después en Estados Unidos, porque quiere recuperar las relaciones bilaterales que se han deteriorado desde la llegada de Jimmy Carter.

Juan Carlos Blanco y Alejandro Rovira eran cancilleres pachequistas: se identificaban con Pacheco e integraban las listas del sector antes y después del golpe. También había funcionarios pachequistas de segunda y tercera línea.

La documentación diplomática está muy depurada y es discontinua. Lo que queda, que son cuatro o cinco grandes carpetas, da cuenta de que el pachequismo no solo contribuye a combatir la imagen negativa del régimen, sino a desacreditar las denuncias que hacen los exiliados y los familiares de presos políticos en el exterior, diciendo que es una campaña antiuruguaya, que es una mentira del comunismo, que los foros internacionales, la ONU, la OEA [Organización de los Estados Americanos], la OIT [Organización Internacional del Trabajo] están infiltrados por comunistas y que la imagen que están dando de Uruguay no es correcta.

El propio Pacheco tiene una estrategia para lavar la imagen del régimen en Estados Unidos y da cuenta de eso. Uno de sus asesores, al que se lo colocaron un poco de prepo, era Miguel Sofía, que era un vínculo que venía de los servicios de inteligencia antes del golpe, viene de la JUP [Juventud Uruguaya de Pie], después trabaja en la cancillería y lo ponen como secretario de difusión y prensa en la embajada de Washington. Sofía, por lo que cuenta el propio Pacheco, trata de lavar la imagen del régimen, sobre todo acusa mucho a wilsonistas y comunistas de la Convergencia Democrática, a la que ven como una fachada del comunismo, de tergiversar lo que pasa, y sostiene que no son ciertas las denuncias de tortura.

—¿Siempre estuvo en el horizonte de Pacheco volver para ser presidente?

—Él deja el gobierno en marzo del 72 y se va como embajador a España. Y cuando aún no se sabe que el desenlace será el golpe de Estado, entre junio del 72 y junio de 73 los pachequistas salen a la prensa a decir que Pacheco va a retornar o que va a ir a una embajada más cercana o que, si se adelantan las elecciones, él va a ser el candidato. Aquí hago un paréntesis: durante su gobierno constitucional, [Juan María] Bordaberry se apoya en los dos sectores principales del PC, los quincistas, que hasta que rompen con el gobierno antes del golpe son la base económica y de políticas educativas, y los pachequistas. Pacheco se comporta con ambigüedad, porque a la vez que da instrucciones a su base de cómo tiene que comportarse con Bordaberry, está continuamente pensando en que, si por alguna razón hay elecciones anticipadas o Bordaberry renuncia, él va a ser el candidato.

Su gran preocupación era Wilson Ferreira, algo que me resultó novedoso, porque hasta entonces pensaba que su principal enemigo era el Frente Amplio. Pacheco veía a Wilson como un compañero de ruta del comunismo y fue su principal adversario en el 73, en el 76, en el 80 y durante todo el retorno a la democracia.

Entonces, respondiendo a tu pregunta, Pacheco está continuamente evaluando y con cálculos electorales de en qué momento conviene volver a Uruguay para ser el candidato que retome la apertura democrática. Incluso lo llega a pensar en el 74, cuando hay una crisis, una depuración del régimen y algunos pachequistas y militares llegan a tratar de pensar una posible salida legal en la que Pacheco sea la válvula de escape del régimen. Pero hay otras facciones militares absolutamente antipolíticas que obturan esta posibilidad.

—El pachequismo se encargó de aparentar que no apoyaba la dictadura, pero siempre la apoyó; en el 80 apoyó el plebiscito y, cuando pierde, retoma ideas de esa reforma constitucional, pero, a la vez, se planta como demócrata. Me preguntaba si esa ambigüedad no habrá tenido que ver con la debacle que tuvo en el 84.

—La ambigüedad podría entenderse en este telegrama medio críptico de apoyo al régimen y después el distanciamiento público, pero, como te decía, en el involucramiento en el régimen no hay ambigüedad. Y mucho menos la hay en el proyecto constitucional de 1980. Referentes como Federico García Capurro, que es consejero de Estado, asesor de los militares, es uno de los que lo diseña junto con otros civiles y militares. Hay abogados pachequistas que redactan los artículos constitucionales. No es que apoyan un proyecto de los militares, sino que son estos civiles y estos políticos pachequistas y algunos herreristas y consejeros de Estado, sin vínculo tradicional necesariamente con estos sectores, que diseñan el proyecto. Y, si vemos lo que se proponía, que era restringir aún más el Parlamento, los partidos políticos y el derecho de huelga, y fortalecer el Poder Ejecutivo, son iniciativas que Pacheco había intentado establecer en su gobierno.

Ahora, claro, él vuelve en el 82 con un discurso de que apoyaba el golpe en el 73 y en el 80, porque en su momento las circunstancias lo llevaban a eso, como que hubiera sido un mero cálculo favorable para la salida democrática. Pero sus acciones y sus posiciones, sus proyectos, no convalidan ese relato.

El frente opositor a la dictadura viene creciendo desde el año 80, la situación económica se agrava a partir del 82, el modelo de plaza financiera, de apertura económica de la dictadura, empieza a resquebrajarse, y los sectores empresariales que lo habían apoyado –sobre todo la Federación Rural, que había sido bastante crítica– y sectores del comercio, excepto la banca y la industria, le empiezan a soltar la mano al régimen.

Entonces, cuando Pacheco vuelve en el 82, el régimen no se ha podido consolidar, su proyecto económico estaba fracasando y llega con esta ambigüedad de que apoyó pero no apoyó. Y, a su vez, los sectores del PC que no habían tenido ninguna oposición sustantiva hasta el 80 ahora sí están teniendo una reconversión. Incluso hay gente que había apoyado el golpe de Estado y que, a partir del 80, se vuelve opositora. Entonces, hay un escenario totalmente diferente a partir del 80, en el que Pacheco llega y en Uruguay no había, como antes del golpe, una demanda de muchos sectores de restablecimiento del orden y la autoridad. En el 82 es todo lo contrario, hay una demanda creciente de más libertades, y Pacheco viene a representar lo otro.

Creo que, en el contexto en el que llega, creyendo que sigue siendo mayoritario, las elecciones internas del 82 le demuestran que no, pero, como decís vos, a partir del 83 y 84, insistentemente cuestiona a los delegados partidarios colorados y blancos por tratar de negociar una salida que no sea retomar el proyecto constitucional del 80 o alguna de sus variables. Entonces, hasta el 84 por lo menos reclama instituciones de tutela militar, reclama que se mantenga el Cosena [Consejo de Seguridad Nacional], que los militares tengan presencia activa en este nuevo diseño constitucional. El pachequismo nunca deja de tener una posición favorable a los postulados de las Fuerzas Armadas en general.

—Y eso puede haber sido lo que desencadenó la mala votación…

—Sí, hay algo curioso y es que, si bien tiene una recaída electoral significativa en el 84 –no llega al 10 por ciento del electorado ni al 30 por ciento del PC–, igual, sin el pachequismo, Sanguinetti no podría haber ganado. Entonces, lo que vemos ese año es que los sectores opositores al régimen, como Sanguinetti y Tarigo, empiezan a tener una convergencia mayor con Pacheco de lo que habían tenido hasta entonces.

El discurso anticomunista del tariguismo, por ejemplo, se va volviendo cada vez más conservador. Incluso los servicios de inteligencia policiales sostienen que el tariguismo le está robando banderas al pachequismo, cuando tienen que negociar forzosamente con parte de la izquierda la salida a través del pacto del Club Naval. Vemos que el PC se recompone y esta barredora por la derecha que sería el pachequismo es muy necesaria para que no pierda ante el Partido Nacional.

—¿Observás coincidencias entre aquellos postulados del pachequismo y las extremas derechas de hoy?

—No sé si necesariamente con las extremas derechas, pero hay algo inquietante: estas crecen cuando las derechas liberales, conservadoras y autoritarias las apoyan o se pliegan a ellas. Ocurrió con el macrismo y el mileísmo: no podría haber un [Javier] Milei sin el respaldo del macrismo ni un Bolsonaro sin el de las derechas tradicionales.

Mientras Uruguay no tenga un referente de extrema derecha con grandes adhesiones, podríamos pensar que no ocurrirá algo similar. Pero no estoy seguro de que las derechas liberales y conservadoras uruguayas no terminen plegándose, como en otros países. Veo sintonías ideológicas y programáticas –aunque en un contexto muy distinto al de la Guerra Fría–: la idea de los salvadores, con propuestas verticales, autoritarias y tecnocráticas. El pachequismo presentaba a Pacheco como salvador y figura de unidad. Deslegitimaba la política y el conflicto social: esa figura debía apelar a la concordia y rodearse de tecnócratas, supuestamente sin ideología.

Esa matriz persiste: muchas derechas sostienen que no tienen ideología y que quienes la tienen son sus adversarios, enemigos de la nación. Se suma un discurso conspiranoico y una idea homogénea de nación que no reconoce las diferencias. Esto aparece en las extremas derechas y en sus zonas de frontera con otras fuerzas.

Me costaría definir al pachequismo como extrema derecha: tenía rasgos de una derecha liberal conservadora, pero no tenía problemas en aliarse con sectores extremistas. Eso no lo convierte en extrema derecha, pero sí en un puente.